

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 27 de Julio de 2009

Las bicicletas son para el verano...

La historia que a continuación tendrán la oportunidad de leer se basa en hechos que, desafortunadamente para el autor de este texto, fueron reales, muy reales. La experiencia puede intuirse por la forma en que relata los acontecimientos. Conviene aclararlo antes de comenzar.

Hay por ahí una película que se titula “*Las bicicletas son para el verano*”. Por más que leo y releo el título, me sigue sonando vacío, sin contenido, aunque ya he logrado llegar a conocer la respuesta a mi inquietud. Yo me decía... “¿Las bicicletas son para el verano... pero qué son para el verano? ¿Son como un tío petardo para una tía buena? ¿O como tomar helado en plena nevada? ¿O son una asociación mortal como la gripe y el invierno? La razón de la pregunta es muy simple: es evidente que las bicicletas no sólo son para el verano, pues en primavera, otoño e invierno también las puedes utilizar. Espero que quienes leáis esto me cojáis la acepción correcta de la palabra *bicicleta*, porque yo me sé alguna otra, y los tiros no van por ese camino.

Una bicicleta, aunque a primera vista parezca un cuerpo inerte, sin vida, sin inquietudes, sin sentimientos, en realidad es un ser vivo. Y tengo mis razones para pensar así. Una bicicleta come kilómetros, y devora tus piernas. Cuando tiene miedo, se empeña en que no subas una cuesta gorda, o simplemente, encuentra la excusa para parar. Es un todo orgánico, cada una de sus piezas es un órgano, sin el cual, todo el organismo se viene abajo. Parece una tontería, pero, por ejemplo, excluyamos los frenos de la bicicleta... tendremos un hostiazo garantizado. Si partimos un cambio, solo podremos circular a una velocidad determinada, repercutiendo en nuestro propio cansancio. Si partimos la cadena, nos quedamos sin bicicleta. Si es la válvula de la recámara la que está mal, pues perderemos el aire a velocidad constante, y es seguro, que si no reponemos aire pronto, seremos nosotros quienes transportemos a la bicicleta, y no ella a nosotros. Los abrojos y los pinchazos de todo tipo son los “accidentes” más frecuentes que nos podemos encontrar, sobre todo en verano. Pero yo he podido ver, presenciar, y puedo dar fe, de varios casos, cuanto menos curiosos.

Recuerdo el caso de un amigo mío, uno que ganó unos enormes cuernos jugando al ajedrez, como el ratón de Susanita (aunque éste solo comía bolitas de anís, y no se inflaba a pan) al que le ocurrieron sucesos muy curiosos en bicicleta. En una ocasión, no sé realmente cómo se las apañó, pero tronchó el tornillo que sujeta al manillar con el cuerpo de la bicicleta. Recuerdo que fue bajando una cuesta, y que cuando miré detrás de mí, comprobé cómo el manillar parecía una ruleta de suerte, giraba en círculos perfectos. En realidad, tu suerte está ahí, en ese manillar loco, porque bien puedes matarte. Éste logró estrellarse contra un cercao, sin mayores consecuencias. Creo que no escuchó a su bici cómo le decía que no la sacara a pasear ese día. En otra ocasión, recuerdo que a este susodicho, ya con otra bici, se le tronchó otro tornillo, en este caso fue el del sillín. Las causas todavía se están investigando, pero parece que se debió al enorme peso que tuvo que ir soportando por el camino. El sillín quedó en una posición muy incómoda para mi amigo, sobre todo, porque no es gay, porque si lo fuera, lo mismo no lo incomodaba tanto. Pero para quienes le acompañábamos tampoco era muy cómoda... porque no es cómodo pedalear mientras te vas tronchando de risa por el camino. El pobre tuvo que hacerse unos diez kilómetros de pie en la bici. De lo contrario, hoy día le podríamos haber llamado “la Ramona pechugona” sin ningún problema. Hubo dos sucesos más protagonizados por el Kasparov jeymero. Uno se corresponde con una salida con quien escribe, cerca de la una del mediodía, un día de julio, con cerca de cincuenta grados sobre el asfalto. Marchamos muy rápido, y el pobre cuerpo de nuestro Kasparov lo pagó. Tengo que decir que un parque no es el mejor lugar para demostrar qué es lo que se ha desayunado unas horas antes, sobre todo, por el estado de los alimentos... pero cuando no hay más remedio es lo que suele suceder. En otra ocasión, días antes de una marcha cicloturista, con varios jeymeros de testigos, este señor perdió sus facultades visuales. Nosotros pensábamos que era un milagro, que estaba viendo a la Virgen del Monte... pero no, me tiró a mis pies su bici y efectivamente, estaba ciegazo. Con suerte, un poco de agua, y el cachondeo contenido de los presentes, se pudo recuperar perfectamente. Aunque creo que después de eso, sus facultades mentales no volvieron a ser lo que eran.

También sé de casos de gente que nunca podrá escuchar a su bicicleta, o porque son sordos, o porque viven porque solo saben hacer eso. Otro amigo mío, que tenía mucha moral, pero muy poca fuerza, no usaba los cambios de la bici nunca. Plato grande y piñón pequeño, aunque fuera por el centro del pueblo. Para que se hagan una idea los profanos en esto de las bicis, es como ir con la quinta marcha metida de un coche en pleno centro de una ciudad, es decir, perfectamente puedes matar a alguien, principalmente, a ti mismo. Pues este figura nunca cambiaba de marcha, ni con viento en contra, ni subiendo una cuesta de tres pares de narices, nunca. En una ocasión, por no decir que casi en todas, tuvimos que esperarlo en el punto previsto de llegada, durante más de un cuarto de hora, debido a su pasmosa velocidad. Es el único tío que conozco que es capaz de desarrollar en bici una velocidad negativa. Y el secreto lo tiene bien guardado porque vamos... yo lo he llegado a intentar, y me es imposible.

Y ahora ya paso a mi propia experiencia, que no es cosa de poco. Una de mis primeras experiencias desastrosas con la bici se produjo cuando apenas contaba yo con nueve años. En esa época solo usaba la llamada *Bahamontes*, que la llamaba así por dos razones, subía muy bien las cuestas, y su marca era BH, del año en que Bahamontes ganó el Tour de Francia... 1959. Pues se me ocurrió pasearme a buena velocidad por el centro del parque municipal de Bolaños. No caí en la cuenta de que las alcantarillas tenían una anchura entre traviesa y traviesa mayor que la de la rueda de la BH. Ella me hablaba, y me advirtió de que podía caer en la alcantarilla en alguna ocasión. Y no pudo ser en mejor ocasión que cuando estaba casi toda mi clase de cuarto curso de primaria delante cuando, creyéndome el nuevo Induráin, zampé la rueda delantera en la alcantarilla, entre sus barrotes, y di una formidable vuelta de campana, que acabó cuando hincó la cabeza contra el suelo y la bici se vino abajo contra mi cuerpo. Las consecuencias fueron escasas: un fuerte dolor de cabeza, y un raspón en la ingle izquierda, fruto del rozamiento de los dientes del plato con esa parte delicada de mi cuerpo.

Con la *Bahamontes* tuve otra experiencia que demuestra que la bicis pueden tomar decisiones por su propia voluntad. Uno de esos días en que acompañaba a nuestro Kasparov, no controlé bien la velocidad, me pegué tras su rueda a tan poca distancia que le hice lo que se llama el afilador (cuando se roza la rueda delantera de tu bici, con la trasera de quien llevas delante). Me desestabilice y vi la torta tan cerca que solo pude saltar con la bici en marcha. Efectivamente, a mí no me pasó

nada. Pero a mi amigo sí le pasó... concretamente mi bici... es decir, la Bahamontes sin piloto adelantó a mi compañero, poco antes de no poder tomar bien una curva, que la hizo recta, y se empotró contra un descampado de cebada. Tuve que recorrer a pie unos cien metros para rescatarla de la cebada. Es que tengo que reconocerlo, era una potra salvaje aquella bici.

Con la BMX también he tenido algunos sucesos importantes. Bajando en una ocasión la garganta del Moral, donde se dan todas las condiciones para poder matarte sin que te enteres... carretera mal asfaltada, mala visibilidad del lado contrario, piedras en mitad de la calzada... bueno pues partí los frenos... así que, conforme iba bajando, iba aumentando mi velocidad. Os podéis imaginar cómo entre en Moral... y tuve suerte de no encontrarme ningún coche de frente o por un lado, porque hubiera sido mortal. Terminé estrellándome contra la fachada de una iglesia evangélica que hay en la entrada llegando por Bolaños. En otra ocasión, con esta misma bici, en dirección a las Nieves, reventé la rueda delantera con el consiguiente descontrol del manillar, y me estrellé contra un indicador de *coto de caza privado*. Y en otra ocasión, cuando no era consciente del peligro de los abrojos en verano, discurrí por un camino paralelo a la vía de tren cercano a Bolaños. Cuando me quise dar cuenta, tenía la rueda trasera desestructurada.... la recámara por un lado y la cubierta por otro... conté hasta quince pinchazos. Tuve que hacerme a pie varios kilómetros a pleno sol. Ese día descubrí el *bicicleting* (para los profanos, cuando tú transportas sin ayuda y soportando todo su peso a la bicicleta durante varios kilómetros). No sería la última vez que lo tendrías que hacer. Pero recuerdo que fue la peor de todas ellas. Y en otra ocasión, por culpa de la válvula, perdí el aire de la rueda trasera de vuelta de Torralba a Bolaños... 14 kilómetros de recorrido. Entonces descubrí la técnica del *llanteo* (llantear es hacer rodar la rueda trasera, porque con la delantera no se puede llantear, sobre las llantas, con las consecuencias nefastas para recámara, cubierta y los radios). Mi culo también la descubrió ese mismo día.

Nunca he tenido mucha fortuna con los pedales. Con la BMX me quedé sin pedal en varias ocasiones, aunque no perdí nunca la biela, con lo cual pude seguir en la bici sin problemas. Pero con *la Poderosa*, mi bici actual, con 24 velocidades, ya he tenido este verano dos experiencias negativas consecutivas. Cuando un pedal está a punto de desplomarse... la bici te lo va diciendo. Te avisa con pequeños golpecitos en la planta del pie donde el pedal se va muriendo. Y como no le haces demasiado caso, te empeñas en seguir como si no pasara nada. Pero al final pasa lo que tiene que pasar. El pedal con su biela cae a plomo en mitad de la calzada, tú te acuerdas de toda la corte celestial, y hasta la hostia puta, y tienes que ir a recoger lo que queda de pedal a cincuenta metros. Acto seguido, te armas de moral, aguantas el chaparrón caluroso que está cayendo en ese instante, y con el pedal en la mano, paseas placenteramente a la bici, como si de una mascota se tratara. Es lo que yo llamo el *changk*, cuando el pedal se cae habiéndote avisado durante unos diez minutos antes. Las consecuencias son, sin duda, los continuos cambios de piel que se producen por las quemaduras solares propiciadas por el changk.

Es natural que, en alguna ocasión, se salga la cadena de la bici. Pero a mí, con mi Poderosa, se me salió en el peor momento, en la rotonda de la encajera, en Almagro, de forma que no me dí cuenta, pero pedaleaba y la bici no se movía... creo que tardé casi cinco minutos en cruzar la rotonda... con una nube de pitazos de todos los automóviles que tenía tras de mí... son situaciones que quitan la moral a cualquiera. Luego eso sí, en cuatro segundos coloqué la cadena... pero el susto ya lo llevaba yo en el cuerpo. Pero en otra ocasión, volviendo desde Manzanares, crucé por un chalet que tenía la puerta abierta. Pero lo peor que tenía un rottweiler sin sujeción. Cuando quise darme cuenta, tenía al rottweiler olfateándome el culo, y enseñándome los dientes a escasos centímetros de mis piernas. Estuve a punto de partir la cadena cuando, con los nervios, intenté cambiar forzando los cambios y quedé encajada entre dos platos. Como pude metí un dedo y coloqué la cadena donde debía haberse colocado, y saqué fuerzas de flaqueza, con un viento frontal en contra. Hice unos dos o tres kilómetros de pie en la bici para lograr alejarme del perrazo ese. Quedando poco para llegar a Bolaños, aun miraba tras de mí, y comprobaba que, a lo lejos, a unos seiscientos metros, todavía había una mancha negra que seguía mi rastro. Fue la única vez que pasé miedo circulando en bici.

Los peligros de circular en bici son muy importantes. Por caminos, aparte de pinchar, yo me he llegado a arañar, a restregarme ortigas, pegarme con una piedra en las rodillas, enfangarme en el barro, partir un radio, y caer contra una oliva. En carretera, también puedes pinchar, pero es excepcional. En carretera lo peor es caer en una cuneta, sobre todo, por la mierda que se acumula allí. Pero los automóviles son el principal obstáculo... los hay quienes no dejan distancia de seguridad en el adelantamiento, y se pegan a ti como una lapa... sobre todo si son camiones grandes... los hay que no tienen escrúpulos... como quienes arrojan cerca de ti un pañal, una colilla, o una botella llena de líquido amarillo... que yo no creo que sea cerveza... o si lo es, ya ha sido filtrada por los riñones... Lo peor que he encontrado en una carretera ha sido, en la última marcha cicloturista, un holocausto de ovejas a la altura del Jabalón. Son handicaps con los que hay que contar siempre.

Concluyendo, pienso que *las bicicletas son para el verano... como una pulmonía para el invierno...* una forma poco sana de morir, pero de algo hay que morir. Sin embargo, me gusta compartir sensaciones con *La Poderosa*, y con quienes se atreven a acompañarme como fieles escuderos cual Quijote y Sancho en esta Mancha tan nuestra. Al menos, nos divertimos, y no todo el mundo puede decir lo mismo.

ESTE ARTÍCULO VA DEDICADO A TODOS AQUELLOS QUE HAN COMPARTIDO Y COMPARTIRÁN KILÓMETROS CON QUIEN ESCRIBE Y *LA PODEROSA*.

Víktor. El exsiete del Sport Team Jeyma. 27-7-2009